
Identidad de la Universidad Católica de cara a la Evangelización de la Cultura

*Alberto Gutiérrez J., S.J.**

0. Introducción

El tema que queremos analizar se enuncia así: “**Identidad de la Universidad católica de cara a la Evangelización de la Cultura**”. Tiene tres aspectos fundamentales que contribuyen a clarificar el ser y el quehacer de la institución de educación superior y, en concreto, de la que por propia decisión autónoma se dice católica, adjetivo éste que debe usarse con precisión so pena de convertirlo en un elemento adventicio en el panorama de la historia y de la filosofía de las Universidades y aun en afirmación de una confesionalidad a ultranza en contradicción con las muy claras doctrinas del Concilio Vaticano II y del magisterio de los últimos pontífices.

Los tres aspectos son:

1. **Identidad de la Universidad católica.**
2. **La Universidad de cara a la cultura.**
3. **La Universidad católica de cara a la Evangelización de la Cultura.**

El primer aspecto exige un análisis histórico que nos permita descubrir el por qué del fenómeno de un sistema universitario que surgió en un ambiente de Cristiandad medieval con características de unidad y universalidad, pero que llegó a configurarse a lo largo de los siglos alrededor de núcleos doctrinales de confesionalidad religiosa o política o

* Vice-Rector del Medio Universitario. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

simplemente alrededor de una complicada neutralidad que muchas veces se ha afirmado, pero nunca se ha cumplido por aquello de la necesidad de darle valor y sentido a todos los procesos humanos, incluidos naturalmente los científicos, los tecnológicos y los artísticos, objeto de la vida universitaria.

Los otros **dos aspectos son de naturaleza filosófica** y tienen que ver con los objetivos básicos de la Universidad, primero, en cuanto Universidad de cara a la Cultura y, segundo, en cuanto Católica, es decir, considerada como institución universitaria a la que ilumina en su ser la concepción cristiana del mundo, del hombre y su cultura y mueve, en su quehacer, la fe basada en el Evangelio de Cristo como determinante de una respuesta libre al mandato divino de descubrir, de enseñar y de extender la verdad con la visión del hombre ayudada y estimulada por la visión de Dios que se revela a través del Verbo hecho hombre, es decir, de Jesucristo.

1. Identidad de la Universidad Católica

Históricamente la Institución universitaria surgió en un lugar, Europa occidental, y en un tiempo, el bajo Medievo siglos XII y XIII. El esquema sociopolítico y religioso era el de una Cristiandad católica unificada en trance de diástasis o de diferenciación

entre la potestad religiosa del pontífice romano y los obispos y la potestad política de los príncipes seculares. El renacimiento de los estudios y el proceso gremial propios del período de urbanización acelerada que se inició en el siglo XII como reacción contra el feudalismo de los siglos anteriores, produjeron, en el seno de las escuelas sobre todo catedralicias, el fenómeno de las corporaciones de maestros y estudiantes, auténticos universos de la ciencia de la época.

1.1. La Universidad primigenia, católica por definición cultural

Sobre la base tradicional de las escuelas o facultades de artes, se crean las Universidades que acogen el gremio sabio de teólogos, juristas y médicos, partícipes todos del único ambiente cultural que era el de la Cristiandad católica unificada.

El hecho es claro durante los cuatro primeros siglos de la Universidad, del XII al XV inclusive. Alfonso Borrero lo caracteriza de manera clara: "La universidad del medioevo —dice— fue católica, digámoslo así, por 'definición cultural'. Se vivía en esos tiempos un clima de fe. Tal era la cultura. Con la fe de todos se contaba y la 'universitas' simplemente partió de tal circunstancia social"¹.

Hablar, por tanto, de Universidad católica en aquella época era redun-

1. BORRERO Alfonso, *La Teología en la Universidad y la Universidad Católica*. Simposio permanente sobre la Universidad, 2º Sem. Gral., 11 Anexo, p. 68.

dante, pues toda institución que enseñaba y todo maestro que reunía discípulos se consideraban, sin más, como solidarios con la misión docente asignada por Cristo a la Iglesia en el Evangelio.

Inclusive, dentro de las notas características de la Universidad primigenia se consideraba que la catolicidad de la cultura era el elemento trascendente a todas ellas: a su corporatividad, a su científicidad, a su universalidad y a su autonomía. Respecto a esta última, papas, emperadores y reyes concedían a porfía derechos y privilegios a las Universidades por considerarlas depositarias de una autonomía de la ciencia que era la expresión más aquilatada de la autonomía del espíritu humano en una de sus máximas funciones de servicio a la sociedad, que es el servicio de la ciencia iluminada por la fe.

1.2 La Universidad católica confesional

La historia posterior al siglo XV, con las sucesivas rupturas de la unidad religiosa cristiano-católica, cambió fundamentalmente la índole de la Universidad católica "por definición cultural". Una primera etapa se instauró con la escisión de la Cristianidad por causa de la reforma protestante. Como consecuencia de la nueva concepción de la misión de la Iglesia y de los cristianos dentro de ella, las Universidades que surgieron en el ámbito reformado establecieron un confesionalismo a ultranza encaminado a sustentar la propagación del

Protestantismo. Sobre la base de que el dueño de la región implantaba la religión ("Cuius regio, eius et religio") surge la Universidad protestante que, sin abandonar las notas características de la Universidad, trata de enmarcarlas dentro de la visión trascendente de un cristianismo basado en la inspiración personal y en el libre examen de la Escritura, con prescindencia de un magisterio universal de la Iglesia jerárquica.

En la primera etapa de ruptura de la Universidad llamada católica por "definición cultural", al confesionalismo universitario protestante se opuso, como fruto de la reforma católica, centrada en el Concilio de Trento, el confesionalismo católico en un doble sentido: las Universidades antiguas que quedaron situadas en naciones que se conservaron fieles a la Iglesia católica romana, adoptaron la posición de sus naciones, unas veces firmes en la ortodoxia tradicional como Italia, España y Portugal; otras dentro de las vacilaciones propias de la época convulsionada de las guerras de religión como Francia, Alemania y el Centro de Europa.

Al lado de las Universidades tradicionales, surgieron, en el campo católico, otras nuevas que, siguiendo el espíritu de la reforma católica, llamada por algunos historiadores contrarreforma; el confesionalismo católico de estas Universidades constituyó un fenómeno nuevo que tendía a la educación como parte de la misión apostólica de la Iglesia en la construcción del Reino de Dios.

1.3 La Universidad católica contemporánea

La segunda etapa, la contemporánea, de la Universidad católica es consecuencia de una problemática que cambió profundamente, no sólo la estructura de las naciones, sino el propio panorama de la ciencia, el arte, la tecnología, la técnica y, en general, de todas las manifestaciones del espíritu humano.

No es exagerado denominar problemática revolucionaria a la que, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, produjo una transmutación radical en el mundo de lo político, lo social y lo económico con consecuencias a menudo radicales en lo religioso y lo educativo universitario.

Las revoluciones de independencia en diversos lugares, la revolución francesa, la revolución industrial, la revolución del pensamiento positivista, la revolución socialista, la revolución comunista fueron demasiadas revoluciones y demasiados cambios que introdujeron en el mundo como para que una institución como la universitaria no se sintiera conmovida en sus cimientos y en su afán de responder a las necesidades de una sociedad en continuo proceso de cuestionamiento y de cambio.

El siglo XIX vio nacer los modelos universitarios, diversos y a menudo contradictorios; se basaban en la estructura general de la Universidad y eran fieles a las notas primigenias de las instituciones de educación supe-

rior, pero tenían una dinámica propia que debía contribuir al logro de unos objetivos que superaban los intereses de las Universidades, poniéndolas al servicio de propósitos nacionales e inclusive internacionales.

La sociedad y la cultura de los siglos XIX y XX habían dejado de ser homogéneas y, en lo religioso, no se reconocían como integralmente cristianas.

En medio de este panorama, la Universidad católica surge como fenómeno relativamente nuevo en una sociedad que ha dejado de ser oficialmente cristiana y en la que los valores evangélicos, no son centrales en una cultura, solicitada por ideologías materialistas extremas de índole capitalista o socialista.

En el ámbito del mundo contemporáneo y, sobre todo después del Concilio Vaticano II, la obra de la Iglesia y de las instituciones, que se organizan según sus principios, tienen como objetivo primordial, de acuerdo con el mandato de Jesucristo, el de evangelizar la cultura.

Entre esas instituciones, la Universidad Católica de hoy tiene un papel protagónico de cara a la cultura, no con un sentido neutro, sino con el cariz evangélico que ya tuvo la Universidad primigenia por "definición cultural" y que ahora surge como imperativo cristiano de "redefinición cultural" en un mundo que está en crisis precisamente por haber desco-

yuntado los valores humanos en un proceso absurdo de “desevangelización” de la cultura con apariencia de fe en el progreso del hombre y en su capacidad de instaurar la justicia con el descarnado arbitrio del pacto social sin referencia a la fe y a los valores trascendentales de la persona humana.

1.4 Algunas ideas de la Iglesia de hoy sobre la Universidad católica

A. El Concilio Vaticano II define así el quehacer de la Universidad Católica: “La Iglesia atiende con desvelo las escuelas de grado superior, sobre todo las Universidades y Facultades. Más aún, en las que dependen de ella, procura organizarlas de modo que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, a fin de que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se alcance y, teniendo en cuenta con esmero las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se perciba con profundidad mayor cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad” (Gravissimum Educationis, 10). Como se ve el Concilio insiste en dos temas que tienen que ser motivo de reflexión en nuestras Universidades: en el rigor científico y en la profundidad que exige el movimiento investigativo contemporáneo para estar presente en él.

B. La Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús insiste en el mismo tema: “Los que trabajan en centros educativos de cualquier género y nivel y los que se dedican a la educación no formal y popular pueden ejercer un profundo influjo en los individuos y en la sociedad (...). Si los Jesuitas hemos de ayudar a la Iglesia a comprender el mundo moderno para que pueda anunciarse de forma más adecuada la palabra de salvación, entonces es indispensable la investigación en ciencias teológicas y filosóficas, como también en todas las otras ciencias y en todo el ámbito de la cultural humana”. (Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús, Nº 101).

Del Documento de la Compañía, eco sin duda de la declaración del Vaticano II, se deduce que la labor de la Universidad Católica no puede ser repetitiva y profesionalmente en el sentido de crear esquemas educativos encaminados a instruir alumnos en una línea del saber; se trata de una labor comprometida con la investigación institucionalmente considerada en los campos de la ciencia y de la cultura y en el análisis continuo, profundo e interdisciplinario, de la realidad de la sociedad para entenderla y ofrecer líneas de solución en función del servicio universitario a las naciones del mundo y, en concreto, de América Latina que no consiste, sólo formarle profesionales, sino investigar sobre su pasado para entender el presente y proyectar el futuro.

C. El Episcopado Latinoamericano reunido en Puebla apuntó hacia el ser y quehacer de nuestras Universidades Católicas del Continente, insistiendo en el servicio que hoy deben prestar desde su posición privilegiada: "En un mundo pluralista —dicen los Obispos— no es fácil sostener su identidad. Cumplirá con su función, en cuanto católica, encontrando su significado último y profundo en Cristo, en su mensaje salvífico que abarca al hombre en su totalidad. En cuanto Universidad procurará sobresalir por la seriedad científica, el compromiso con la verdad, la preparación de profesionales competentes para el mundo del trabajo y por la búsqueda de soluciones a los más acuciantes problemas de América Latina (...). Contribuirá, así, activa y eficazmente, a la creación y renovación de nuestra cultura transformada con la fuerza evangélica, en que lo nacional, lo humano y lo cristiano logren la mejor armonización" (Puebla, Nos. 1059-1060). La reflexión de los Obispos Latinoamericanos destaca dos aspectos nuevos que deben ser tenidos muy en cuenta: el de la situación de nuestras Universidades en un Continente que exige soluciones a problemas acuciantes y soluciones que no les pueden venir, sino a través de la investigación de nuestros científicos y de la capacidad de nuestras instituciones de formar profesionales competentes y comprometidos con el hombre y la sociedad latinoamericanos. El segundo aspecto es el referente al llamado de atención acerca de la impostergable obliga-

ción de nuestras Universidades de convertirse en el Alma Mater de nuestra cultura latinoamericana, sólo ellas lo pueden ser, por la búsqueda seria, comprometida, urgente de la armonización entre lo nacional, lo humano y lo cristiano.

D. La idea de la Universidad católica en el pensamiento de Juan Pablo II: El Papa ha expresado repetidas veces su idea respecto a la Universidad en general y a la Católica en particular. En un mensaje al mundo universitario, pronunciado en la ciudad de Guatemala el 7 de marzo de 1983, hizo un análisis excelente que tiene el doble valor de ser del Papa y de profundizar el tema desde la perspectiva de los mejores pensadores modernos sobre la Universidad y su misión científica. Juan Pablo II analiza, en primer lugar, el fin de la Universidad y afirma que es el de la Iglesia, "cada una según su propia manera".

Tratándose de una afirmación pontificia, realmente el paralelo es de máximo contenido programático para la universidad. El Papa señala que "en efecto, la Universidad y la Iglesia se consagran, cada una según su propia manera, a la búsqueda de la verdad, al progreso del espíritu, a los valores universales, a la comprensión y al desarrollo integral del hombre, a la exploración de los misterios del universo".

Son por tanto, objetivos insoslayables de la Universidad éstos, sin que

pueda faltar ninguno a la institución que quiera serlo verdaderamente:

1. La búsqueda de la verdad: compromiso con la ciencia.

2. El progreso del espíritu: ejercicio autónomo del hombre, ser inteligente y libre.

3. Los valores universales: valoración ética de su actuación científica, educativa y de servicio social.

4. La comprensión y desarrollo integral del hombre: finalidad última e insoslayable de la actividad investigativa, docente y de servicio social de la Universidad.

5. La exploración de los misterios del universo: ejercicio de una actividad científica que es propia de la Universidad: la investigación. El Papa explicita dos puntos de su magnífica "definición de la Universidad por objetivos": la antropología subyacente y el consecuente humanismo que anima su visión universitaria.

La **antropología** subyacente la resume Juan Pablo II en una frase que expresa la esencial dignidad del hombre y la situación coyuntural, ambas objeto de estudio y acción de la Universidad: "La persona humana creada a imagen de Dios, tiene una dignidad única, que es necesario defender contra todas las amenazas que, sobre todo actualmente, acechan con destruir al hombre en su ser físico y moral, individual y colectivo".

No se trata, por tanto, de que la Universidad estudie sobre el hombre, que ejerza un humanismo especulativo meramente, sino que le sirva, que se preocupe de su situación coyuntural, que "defienda al hombre en sí mismo, cuya dignidad y honor están seriamente amenazados... sin subterfugios, sin otro pretexto y por la sola razón de que el hombre posee una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo".

El humanismo que anima la visión universitaria de Juan Pablo II está en la línea de la "civilización del amor, la única capaz de evitar que el hombre sea un enemigo para el hombre". El Papa presenta su visión en el gran debate de los humanismos universitarios: sugiere que, a través de la enseñanza, la investigación, la información y el diálogo con el público se busque al hombre como hombre y no se lo someta a mera condición de ficha del engranaje económico y político. Humanismo utópico, dirían algunos: "Civilización del amor", responde el Papa, cambiando el sentido de la utopía.

Juan Pablo II pasa inmediatamente a describir las notas de la Universidad, pero no con una visión puramente esencialista, sino ubicándolas dentro de la coyuntura histórica del hoy universitario.

La Autonomía universitaria: La "justa autonomía" como la llama el Papa, la trata, no como la mera reivindicación de un derecho de la

Universidad, sino como una condición necesaria para dar "una respuesta, no sólo a las esperanzas, sino también a las angustias del hombre moderno, sediento, quizás como nunca en la historia, de liberación y de fraternidad". La autonomía, como condición de servicio al hombre y a la sociedad, es una visión de incalculable valor para la Universidad de hoy, ya que amplía su visión restringida de invocar derechos a la visión amplia de prestar servicios: que fácil se comprende hoy una autonomía de servir en contra de una autonomía de únicamente reivindicar derechos para los cuales la Universidad no tiene títulos suficientes en la práctica frente a los intervencionismos estatales. El Papa es enérgico en su expresión: si la Universidad no lleva su "justa autonomía" a "superar sus contradicciones y evitar el drama de guerras absurdas y desgarros fraticidas... el hombre seguirá explotando vergonzosamente al hombre, sometándolo al juego cruel de los intereses o de las ideologías".

El Papa no postula una Universidad encasillada en el universo de su ciencia, autónoma frente al bien y el mal de la sociedad, satisfecha de su propia ideología o de sus intereses fundacionales. Postula enérgicamente una Universidad comprometida con el hombre, es decir, con los problemas concretos de la guerra y la paz, de la riqueza y la miseria, del "juego cruel" de quienes creen poder usufructuar la humanidad con ideologías capitalistas o colectivistas que se

olvidan del "hombre en sí mismo". El Papa enuncia dos conceptos que definen la autonomía universitaria: verdad y justicia. Sin un compromiso con ambas, la Universidad no merece ser autónoma.

La Universalidad universitaria: La trata el Papa en íntima conexión con la verdad y la justicia: "La Universidad faltaría a su vocación, dice, si se cerrase el sentido de lo absoluto y de lo trascendente, ya que limitaría arbitrariamente la investigación de toda la realidad o de la verdad, y terminaría por perjudicar al hombre mismo, cuya más alta aspiración es conocer lo verdadero, lo bueno, lo bello y esperar en un destino que lo trasciende. Así, pues, la Universidad debe convertirse en el testimonio de la verdad y de la justicia y reflejar la conciencia moral de una nación". No es sólo la restricción a lo puramente inmanente lo que preocupa al Papa: es la restricción del panorama científico a campos limitados de la realidad o de la verdad, generalmente aquellos que fomentan el poder económico y político de los estados y de las empresas, dejando de lado el inmenso poder moral que tienen la Universidad y, en general los científicos "para defender la justicia y el derecho, actuando de conformidad con sus propios medios, que son los del saber competente y de la educación moral". El problema que, en el fondo, plantea Juan Pablo II es el de la concepción puramente materialista y utilitaria de la ciencia, sin influjo de la ética y de la consideración del

hombre como sujeto de derechos inalienables. Encuentra el Papa que la universalidad de la ciencia no es simple asunto de contenido o de acceso de todos al proceso como investigadores, docentes o discípulos. Hay algo más que tiene que ver con la visión universal de una ciencia que no olvida sus destinatarios y los contenidos de investigación y de docencia: la dimensión ética que debe iluminar el universo de la ciencia y el quehacer de los científicos. "Los universitarios —dice el Papa—, los intelectuales, los educadores, pueden ejercer un peso considerable en la lucha por la justicia social, un objetivo que hay que perseguir con valentía y vigor, con los medios de la misma justicia, llevando a cabo todas las mejorías que impone la ética en las relaciones económicas y sociales y evitando al mismo tiempo las violencias destructoras de los enfrentamientos revolucionarios".

Juan Pablo II no cree en la ciencia como esfuerzo neutro o como proceso sin finalidades: el universo de la ciencia y de los científicos constituye un "inmenso poder moral" con un destino profundamente humano y social al cual están llamadas "todas las clases y todas las generaciones susceptibles de aprovecharse de ella (la educación superior)".

La Cientificidad y la Corporatividad universitaria: Aunque el Papa no las trata tan expresamente, aparecen como supuestos necesarios de la autonomía y de la universalidad: bien importante resulta a Juan

Pablo II el que una institución dotada de un tan inmenso poder moral, actúe con "los medios del saber competente", de la ciencia en un esfuerzo mancomunado y corporativo de "universitarios, intelectuales y educadores": los tres términos empleados son lo suficientemente comprensivos como para abarcar a todas las personas del mundo universitario, así el Papa no haya pretendido analizar técnicamente sus funciones específicas.

Una ciencia comprometida con la verdad y la justicia a través de todos los estamentos de la corporación universitaria es, para el Papa, "un programa ambicioso, ciertamente; difícil de realizar de una vez; pero se trata de un proyecto ideal que debe inspirar los desarrollos futuros de la Universidad, la reforma de los programas y la renovación de la orientación universitaria". Difícilmente se puede concebir un plan más trascendental para la corporación científica a la que el Papa califica como "inmenso poder moral". Queda a la Universidad el saber usarlo.

2. La Universidad y la Cultura

No se trata en este aparte de hacer un análisis exhaustivo de la manera como se compenetran, histórica y filosóficamente, Universidad y Cultura a lo largo de los siglos. El hecho es que no se pueden desligar la una de la otra hasta el punto de que es imposible saber dónde termina la historia de la Universidad y dónde comienza la historia de la Cultura humana a partir del siglo XII. Sin

embargo, sí resulta importante dejar constancia de que la Universidad ha merecido el título de Alma Mater de la Sociedad por su carácter de entidad educativa, que tiene como objetivos la búsqueda, el desarrollo y la transmisión del saber en el nivel superior, y en orden al logro de los valores superiores de la cultura de un pueblo por medio de un grupo social que cumple su función específica dentro de las miras del bien común.

Desde cualquier punto desde donde se enfoque la relación entre Universidad y Cultura, aquélla aparece como relación intrínsecamente constituyente de una institución que define sus objetivos dentro de parámetros de educación superior, de investigación y de servicio a la sociedad, parámetros de personalización y de socialización que son los mismos de la cultura humana.

Cuando el Concilio Vaticano II dice que "es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales" (*Gaudium et Spes*, 53), está refiriéndose al desarrollo de las "innumerables cualidades espirituales y corporales" del hombre entre las cuales las que procura el proceso universitario ocupan el primer lugar.

Es un principio universitario básico que la ciencia sola y por sí misma no forma al ser humano y que los saberes, en cualquiera de sus grados,

adquieren valor formativo cuando, lejos de ser fríamente adquiridos, son vitalmente asimilados, transformados e integrados en la propia personalidad, sirviendo así de orientación para la existencia humana. Es decir, cuando se hacen cultura (Cfr. Principios Universitarios, p.4).

En este sentido, hacer de su proceso educativo, investigativo y de servicio un proceso de cultura es una obligación de toda Universidad, so pena de no cumplir con su misión social y de hacer inocua y aun peligrosa su existencia en el seno de las fuerzas vivas de una nación.

Digo inocua y peligrosa, porque cuando la Universidad no marcha al ritmo de la cultura de un pueblo o deja de ser pionera en la afirmación de la auténtica nacionalidad, se coloca al margen de la historia de la sociedad, del conjunto de valores que la animan y de desvalores que la debilitan (Cfr. Puebla 387) y de la conciencia colectiva, haciendo de su actividad un ejercicio académico, quizás de gran valor especulativo y profesionalizante, pero sin poder de creación de desarrollo, de acuerdo con políticas que contribuyan al establecimiento de una cultura de justicia y de paz.

De todo lo dicho anteriormente se puede deducir, al menos como hipótesis, que la relación entre Universidad y Cultura es de tal manera trascendental que es posible medir el proceso o retroceso de la cultura de

una nación por el influjo que sobre ella tienen o no tienen sus Universidades y por la capacidad que éstas tienen de ser fecundadas o no por la realidad humana y social que las circunda con sus luces y sus sombras.

La historia, por lo menos, nos ha dejado ejemplos muy claros de hasta dónde es posible confirmar las citadas hipótesis: en el siglo XII, la reforma gregoriana produjo el renacimiento de la cristiandad medieval y en ese ambiente de profundo cambio surgieron las Universidades, no sólo como usufructuarias de la nueva cultura, sino precisamente como impulsoras de ella. Y no nacieron las Universidades en los castillos medievales donde imperaba el régimen feudal, sino en las urbes renacientes, en medio de la nueva sociedad urbana que surgía impulsada por una nueva clase que afirmaba valores culturales que antes estaban proscritos y que, por obra de las Universidades, adquirieron fuerza de cultura.

Durante los siglos XIII y XIV la afirmación de las nacionalidades como fruto de una conciencia colectiva de patria y de valores culturales autóctonos en Europa, trajo consigo el gran desarrollo de la Universidad del Renacimiento humanista sobre todo en Italia, Francia, Inglaterra, Alemania y posteriormente en España. Esas Universidades no sólo fueron impulsoras de la Cultura nacional, sino también determinantes, en gran medida, del desarrollo de las naciones.

La España, liberada finalmente del poder musulmán en 1492, durante el siglo XVI, siglo de oro de su cultura, hace de sus Universidades sobre todo de la de Salamanca, bastiones de su cultura, no sólo en campos doctrinales que tanta repercusión tuvieron en la reforma católica de Trento, sino también en movimientos que propiciaron la creación de nuevas nacionalidades en América; a este movimiento se unió Portugal en un momento crucial de su cultura y de sus Universidades.

La época de las grandes revoluciones de los siglos XVIII y XIX fue una época de surgimiento de nuevos nacionalismos, de nuevas conciencias colectivas, de afirmación cultural de varias naciones, nuevas para la libertad, en Europa y en el mundo entero, que determinó la instauración paralela de modelos universitarios que reflejaron la manera de ser de los pueblos y el estado de desarrollo de su cultura y se constituyeron en impulsores de las respectivas nacionalidades, no sólo en Europa, sino sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica, América Latina, Asia, África y Oceanía.

En el siglo XX, las grandes crisis sociales, políticas y económicas han determinado el surgimiento de una conciencia universitaria de que en los claustros se aquilata el ser, las tradiciones y el progreso de las naciones y de las culturas. Han surgido en el mundo de hoy, después de dos conflagraciones de carácter mundial,

grandes corrientes universitarias que, son ni más ni menos, nutricias de esas culturas nacionales que se afirman o que resurgen de sus cenizas. El caso de Alemania es especialmente diciente; también el de la Unión Soviética, después de la revolución de Octubre de 1917, en la cual surge un pujante movimiento universitario, como respuesta a la cultura implantada por el marxismo-leninismo.

Es importante reflexionar en las lecciones de la historia, pues nos permiten formular argumentos que confirman la hipótesis de que, cuando una sociedad entra en crisis, es su sistema universitario, son sus Universidades las primeras que tienen que investigar el por qué de la crisis y cómo superarla. Muchas veces el quedarse al margen de toda la problemática produce, no solamente el exacerbamiento de la crisis y el empobrecimiento de las culturas, sino también el peligro de decadencia para las propias Universidades que, al dejar de ser afirmadoras de la cultura de un pueblo y propulsoras de ella, se convierten en instituciones más o menos adorno o lastre de la sociedad, puesto que viven al margen de ella y sobre todo porque no cumplen con el sagrado deber de ser Alma Mater para una cultura que tiene, en la Universidad, muchos de sus mejores recursos, en el campo del pensamiento y de la voluntad ciertamente, pero sobre todo en el campo de la acción.

3. La Universidad Católica y la Evangelización de la Cultura

En apartes anteriores se ha analizado cómo el mundo contemporáneo, con sus alinderamientos extremos de índole ideológica con las conocidas consecuencias políticas, sociales y económicas ha obligado a repensar desde la base el ser y el quehacer de la Universidad católica.

Hoy nos resulta demasiado claro que, en el programa de la Iglesia con respecto a las Universidades "que dependen de ella", como dice el Concilio Vaticano II está, en primer lugar, el que sean verdaderas y en lo posible excelentes Universidades procurando organizarlas "de modo que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, a fin de que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se alcance y teniendo en cuenta con esmero las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se perciba con profundidad mayor cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad" (Grav. educ., n. 10).

La Universidad católica, como Universidad, tiene que tener algo válido que decir con autoridad y real competencia en el mundo cada vez más exigente de la ciencia, el arte, la técnica, la tecnología y las demás manifestaciones del espíritu humano: su influjo no es, ni puede serlo después

de las declaraciones del Concilio sobre libertad religiosa y de conciencia, de naturaleza impositiva en virtud de privilegios o del amparo dogmático de la verdad católica. El papel de la Universidad católica es de búsqueda en un mundo en que "la secularización de la cultura y los progresos de la tecnología y de los estudios antropológicos y sociales ponen una serie de interrogantes sobre el hombre, sobre Dios y sobre el mundo, lo que produce confrontaciones entre ciencia y fe, entre la técnica y el hombre, especialmente para los creyentes" (Puebla 1052). Juan Pablo II ofrece, en su Mensaje arriba citado a la Universidad, un planteamiento claro y afirmativo sobre lo que la Iglesia puede hacer por ella en orden a infundirle valores trascendentales y a sugerirle una cosmovisión y una antropología que le den fuerza a su labor investigativa, docente y de servicio a la sociedad. En todos los párrafos hay una sugerencia, un llamado a que la Universidad, dentro de su autonomía, piense y actúe dentro del "humanismo superior que enseña la Iglesia", tratando de "inventar las vías de un nuevo diálogo entre la Iglesia y el mundo universitario, científico y cultural". La motivación del Papa es clara, afirmativa y precisa: "solamente la antropología fundada sobre el amor incondicional del hombre y sobre el respeto de su destino trascendente permitirá a las presentes generaciones superar las crueles divisiones y luchas contra las indignidades físicas, morales y espiritua-

les que deshonran actualmente a la humanidad".

El llamado es para todos, en especial para los católicos que, en su medio universitario, "pueden entablar un diálogo original con todos los hombres y mujeres de buena voluntad".

El mensaje termina con "una llamada apremiante a aquellos católicos que trabajan habitualmente en las universidades y en los centros de investigación para que todos unidos defendamos al hombre individual y colectivo, en el momento actual y en el futuro". La universidad y los universitarios católicos tienen, de acuerdo al pensamiento de Juan Pablo II, una doble misión, la de luchar por realizar una labor de altísima calidad universitaria al servicio del hombre, de la ciencia y de la sociedad y la de servir de fermento para que el mundo universitario se impregne de la cosmovisión y antropología que profesa y enseña la Iglesia.

Lo que el Papa le pide a la Universidad católica es, ni más ni menos, el testimoniar que "entre Universidad y la Iglesia existe una real connaturalidad".

El pensamiento del Papa expresa una consigna que, a la vez, es un reto para la Universidad católica de arriesgarse a compenetrar su quehacer educativo, investigativo y de servicio con la cultura y la historia de la

sociedad que le sirve de entorno y de la que es parte cualificada, con una visión no neutra y descolorida, sino con la convicción de que “no se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana” (Gaudium et Spes, n.14).

Pensamiento teológico, cosmológico y antropológico que, fundante de una visión universitaria plétórica de tradición y de sentido histórico, se constituye en punto de referencia, de confrontación y de estímulo para una labor educativa, investigativa, y de servicio a la sociedad que adquieren caracteres de evangelización cuando se entroncan con la visión apostólica de la construcción del reino que anuncia el Evangelio, reino que es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura. (Cfr. Evang. Nunt, n.20).

Cuando Pablo VI afirma en la Exhortación Apostólica “Anuncio del Evangelio” que “evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad” (Evang. Nunt, n.18), surge espontánea una conclusión de gran valor para la Universidad católica: siendo su quehacer eminentemente creativo de buenas nuevas para el hombre y para la sociedad y teniendo la capacidad de influir en orden a la transformación de lo que Juan Pablo

II llama “indignidades físicas, morales y espirituales que deshonran actualmente a la humanidad”, su papel de testimonio y de influjo social es insustituible en el mundo de hoy. Testimonio e influjo dentro de las libertades académicas y del respeto a la conciencia de los miembros de la corporación universitaria, pero testimonio e influjo valientes, afirmativos dentro de la honestidad y vigor intelectual que exigen tanto la educación, la investigación y el servicio a la sociedad como la referencia evangelizadora a la verdad revelada que, no por ser de Dios, deja de ser verdad para los hombres.

En esta perspectiva, cuán vigoroso y trascendental resulta el regreso de la Universidad Católica a colocar, como lo hizo la Universidad primigenia, en su centro la teología como facultad matriz del Alma Mater, iluminadora, no sólo de su filosofía y de su concepción del hombre, del mundo y de Dios, sino generatriz de un sentido de Universidad, esencialmente Universidad e integralmente católica y por tanto, no sólo creadora, sino evangelizadora de la cultura.

Termina este análisis sobre la índole de la Universidad católica de cara a la Evangelización de la cultura con una nota a manera de apéndice: en su última encíclica “Sollicitudo rei socialis”, el Papa Juan Pablo II abre perspectivas inmensas a las Universidades católicas y, por qué no decirlo, a todas las instituciones de educación superior en Colombia para la

evangelización de nuestra cultura nacional en un momento crítico del país. La hora de obrar ha llegado y es necesario que, con la rectitud y sabiduría que exige el carácter de la Universidad, pero con la decisión de quienes tienen un innegable poder en la sociedad, no sólo contribuyamos a crear el espíritu social que es básico

en la valoración del ser humano, sino que desencadenemos una dinámica de acción en pro del país y de sus comunidades, sobre todo marginadas, que haga del reconocimiento de unos a otros como personas "el ejercicio de la solidaridad" que postula Juan Pablo II como condición necesaria para la paz.

Bibliografía

1. DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

- CONCILIO VATICANO II, Constitución "Gaudium et Spes".
- CONCILIO VATICANO II, Declaración "Gravissimum Educationis".
- CONGREGACION GENERAL XXXIII DE LA COMPAÑIA DE JESUS, Decretos y Documentos anejos (Nº 101).
- PABLO VI, Anuncio del Evangelio hoy.
- PABLO VI, Encíclica "El desarrollo de los pueblos".
- JUAN PABLO II, **Mensaje al Mundo Universitario**, pronunciado en la Ciudad de Guatemala de la Asunción el día 7 de marzo de 1983.
- III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, PUEBLA. La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, **Universidades**. (Nº 1051-1062).
- SAGRADA CONGREGACION PARA LA EDUCACION CATOLICA. La Escuela Católica.

2. OTROS DOCUMENTOS

- Características de la Educación de la Compañía de Jesús. Provincia Colombiana de la Compañía de Jesús, Prefectura General de Estudios, Bogotá, 1987.
- BORRERO ALFONSO, S.J. **Administración y estructuras académicas universitarias**, Simposio permanente sobre la Universidad, 22 edic. ASCUN, Bogotá, 1984.
- GUTIERREZ ALBERTO, S.J. **La Universidad en la Historia**. Edic. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1983.
- GUAL JAIME. "La idea de Universidad en Juan Pablo II", en **Revista Javeriana** (493), Bogotá, Abril, 1983, pp. 233-238.
- LADRIÈRE JEAN, La Universidad Católica y la Instauración de un nuevo orden mundial. Edic. FIUC, Toronto, 1983.
- **La Universidad Católica hoy en Latinoamérica**. Edic. FIUC, Bogotá, 1984.

— PELAEZ JORGE HUMBERTO, S.J. -
BORRERO ALFONSO, S.J., **La Teología en la Universidad y la Universidad Católica.** Simposio Permanente sobre la Universidad, 11

Anexo. Edic. ASCUN, Bogotá 1983-4.

— PRINCIPIOS UNIVERSITARIOS. Edic. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1971.